

EL MOTÍN

Año XLI

Madrid, Sábado 1.º de Enero de 1921.

Número 1.



Efecto de óptica

El 14 de Noviembre vino á visitarme un antiguo y querido amigo que en las pocas horas que le deja libres la ocupación en que se gana la vida, escribe, dibuja y se consagra á estudios científicos.

—Le traigo á usted—me dijo—este dibujo por si quiere publicarlo en EL MOTÍN.

—Dígame usted lo que representa, pues yo no veo.

—Una cabeza de Cristo con los ojos cerrados, y que á los pocos segundos de contemplarla se advierte que los abre.

—¿Ha dejado usted el empleo que te-

nia en el Ferrocarril del Mediodía y se ha dedicado á confeccionar milagros?

Usted siempre de buen humor, si yo tuviera esa gracia, no me metería en estos dibujos.

—Y haría usted perfectamente. Es oficio el de milagrero que produce aun mas que el vicio de acaparador.

—Si; más no se lo traigo á usted con el propósito ¡Dios me librel de establecer competencias con otras imágenes, sino para que sus lectores, si usted se decide á publicarlo, contemplen ese efecto de óptica.

—En este caso lo publicaré en el pri-

mer número del año próximo poniendo su nombre al pie.

No; no, eso no; la cosa no tiene importancia y podría creerse que había venido con el propósito de exhibirme.

Nos despedimos después de una hora de charla sobre asuntos diversos; mostré el dibujo á varios amigos, y vieron lo que A. C. H. me había dicho (ya ve que no pongo su nombre, sino sus iniciales) mandé sacar el cliché y celebraré que á mis lectores les agrade esta humorada, ó esta broma...

De Inocentes.

A MIS LECTORES

Saludo fraternalmente á cuantos no han dejado de leer EL MOTIN durante el año que ayer terminó, apesar de las deficiencias con que se publica, ajenas todas á mi voluntad.

Procuraré en el próximo remediar aquellas que dependen exclusivamente de mí.

SIGAMOS SOÑANDO

Han pasado las fiestas, las comilonas, la lotería y la entrada de año; pero tú lector, no has variado. Como todos los años han caído sobre tí todas las decepciones, y una vez más han pasado las navidades sin que hayas podido comer el pavo á que tienes tanto derecho como el que más.

Pero no te desesperes por eso y sigue aguardando resignadamente á que los tiempos cambien. El español neto y castizo siempre espera algo, algo que se lo den amasado y cocido, que apenas tenga que extender la mano para cogerlo. El ideal de todos nosotros sería despertarnos una mañana y encontrarnos una España nueva, limpia, pujante, sin haber lanzado un solo grito, ni oído un tiro. Esto lo venimos esperando hace muchísimos años todos los españoles; por eso hablamos todos los días de revolución, de una revolución mansa, perfumada, sin estidiencias, poquito á poco, que se frague y realice sin que nos demos cuenta de ello.

Claro está que es muy difícil hacer así revoluciones, pero hablamos de ella en casa, en el café, en los casinos, en todas partes, y esto es algo.

El orden social moderno descansa sobre el trípode del clericalismo, el capitalismo y el militarismo; los tres se unen en apretado haz, y los tres presentan la batalla rebosantes de fuerza. ¿Vencerán siempre? En otros países hemos visto que no; pero en el nuestro hasta ahora se van saliendo con la suya.

Para los que anhelan una nueva redención que Cristo no ha realizado para ellos; para los que esperan la nueva aurora de días más felices, en que la verdad y la justicia sean la herencia de todos, el horizonte está completamente cerrado y preñado de amenazas y cada día más tristes presagios.

Sigamos soñando, sigamos esperando... Lo que no ha realizado la redención mesiánica, la Era de felicidad y de paz que el nacimiento de Jesús no trajo al mundo anulando todas las pro-

fecias, esperamos la de hombres desopados con la justicia, que ahogando todos los egoísmos de clase y todos los intereses creados al amparo de apetitos y pasiones odiosas, puedan señalarnos el verdadero sendero que conduce á la felicidad de los pueblos.

FRAY GERUNDIO

Una ligera indisposición, ya desaparecida del todo y la contrariedad que me causa el justificado retraso no graduarme la vista, no me ha permitido dictar para este número más que los dos sueltitos que van á continuación.

Me desquitaré cuando vea.

Informe incompleto

Lo que hoy las hormigas son, Era a los hombres antaño.
De lo propio y de lo extraño
Hacían su provisión.
Júpiter, que tal pasión
Notó de siglos atrás,
No pudiendo aguantar más,
En hormigas los transforma.
Ellos mudaron de forma.
¿Y de costumbres? Jamás.

Al escribir Samaniego esa fábula no estaba bien informado del asunto.

Júpiter tomó efectivamente esa resolución pocos días antes de ser arrojado del Olimpo más no con todos los hombres sino con una pequeña parte de ellos como por vía de ensayo; y por lo tanto quedó el resto viviendo del merodeo y del robo perfeccionándose en tan lucrativa industria cada día más, especialmente aquellos que se dedicaban á especular con los artículos indispensables para la vida.

Y han llegado durante los siglos transcurridos al grado de perfección que hoy vemos, gracias á que los seguimos considerando como hombres, en vez de aplastarlos como á hormigas.

Sospecha pesimista

Murió un obrero en el Hospital de Portugalete y los que acompañaban su cadáver al cementerio obligaron á descubrirse á todos los transeuntes.

¿El entierro era católico?

—No; civil.

¿Y pensar que he condenado centenares de veces á los clericales que cometían actos semejantes!

No me arrepiento, pero voy sospechando que el animal hombre, ó el hombre animal se parece en todas las razas, todos los climas y todas las circunstancias, sin que influya gran cosa en su conducta las ideas de que la mayoría hace alarde.

¿Estamos civilizados?

No se extrañen de la pregunta. Es una duda que con toda claridad expongo.

En Agosto de 1914, cuando empezó la

guerra, yo no lo quería creer y afirmaba que no era posible...

Hombres de la talla de Lloyd George, Clemenceau, Millerand, etc. no era posible que lanzasen sus pueblos á una lucha...

Los zares, los emperadores, los kaiser eran los culpables... sus ambiciones, su orgullo, su vanidad les empujaron...

¿Llegó á disculpar á los grandes políticos?

Presenciamos brutalidad tan enormes como el bloqueo por hambre, el bombardeo aéreo, los gases asfixiantes, el torpedeo sin previo aviso, las minas explosivas, las granadas incendiarias...

Neón comparado con los directores de la guerra, era un infeliz señorito.

Terminó la guerra. Los imperios centrales vencidos tienen que entregar á sus enemigos la flota de guerra y... ¿Qué dirán ustedes que harán con ella los vencedores?

Echar á pique unos barcos, hacer que sirvan de blanco á la artillería otros...

¿Y esto es civilización? ¿Esto es progreso?

Riniego de ser civilizado y me declaro salvaje honorario.

A aquellos magníficos barcos de más de 20 mil toneladas, con un andar superior á todos los mercantes, ¿no tendrían aplicación mercante?

Los cañones desmontados podrían colocarse en los campos para disparar bombas antigranifugas y proteger las cosechas.

Los blindajes para construcciones metálicas.

Los muebles para los que se quedaron sin ellos.

Las lanchas para el servicio de pesca. ¿Cuántos infelices pescadores serían felices con las gasolineras, con los botes y hasta con el chinchorro!

Las gruas de elevar los proyectiles, prestarían utilísimo servicio en los pequeños puertos donde no disponen ni de una de mano.

Las máquinas suplementarias se utilizarían para la industria.

Y finalmente, los cascos debidamente arreglados, para buques de transporte. Con la disminución de peso muerto de cañones, torres blindadas, máquinas auxiliares etc. podría cargar uno de estos acorazados 14 ó 15 mil toneladas, que transportaría á 18 millas por hora, cuando los buques de carga solo andan seis.

Sus triples máquinas les pone á cubierto de una panne y podrían hacer el transporte de gran velocidad.

Un buque de este tonelaje ha costado por lo menos cuarenta millones de pesetas y como son muchos los que entregan, son muchas veces cuarenta millones lo que los civilizados piensan echar á pique.

Nada decimos de los cruceros auxiliares, de los destróyers y demás «gente menuda» de la flota que tendrían excelente aplicación en la paz.

Termino afirmando que la civilización de que nos vanagloriamos ha sido un progreso de la barbarie.

Inventar un dirigible para arrojar bombas...

Inventar un submarino para torpedear...

Inventar aeronaves para incendiar... Si no es un progreso de la barbarie es una prostitución de la ciencia y los que esto hacen mandan y autorizan, no pueden llamarse civilizados.

Los salvajes pelean y el vencedor se lle-

va los tesoros del vencido. Los civilizados lo arrojan al fondo del mar.

Cuando el déficit de la producción ha sido tan enorme por quitar de ella 20 millones de individuos destinándolos a la destrucción.

Cuando aun se sienten los efectos de escasez de todo, cuando faltan transportes marítimos por los torpedeamientos salvajes...

Los hombres cumbres de la civilización se entretienen en tirar al blanco sobre buques excelentes y en destruir los medios de transporte que escasean...

Pero... ¿Es verdad que estamos civilizados?

JUAN PÉREZ

El Cristo del coscorrón

—Tío Mateo, dice el señor cura que venga usted a ayudar al sacristán a limpiar el altar mayor.

—¿Y los dineros?
—Ya sabe usted lo que se da; seis reales por toda la tarde.

—Menos da una pisitra. Ire, por más que el Cristo no me debe querer mucho a mí.

—¿Por qué?
—Porque le ofrezco un par de misicas cuando estoy malo mi entendeda si se curaba, y se curó, y no se las pagué.

—¿En podía usted haber cumplido, porque pa no cumplir no le cabía a usted prometer.

—Verdad es, pero el tío pero ha sido malo y este año la cosecha pa tú no la quisíá.

—En fin, llá usted. Conque está tarde a las dos venga usted a ayudarme.

—Bueno, hombre, bueno.

En la iglesia.—El sacristán y Mateo limpian el altar. Mateo, al querer levantar el Cristo grande, se le cae encima y le hace una gran herida en la cabeza.

Mateo.—¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡Socorro!

El sacristán.—¿Por qué lo ha tocado usted? ¿No ve usted que es muy grande y que no podía usted sostenerlo?

—¿Que me estoy desangrando!

Aonde el cura, los vecinos, mucha gente.

Mateo se pone muy malo; hay que llevarle a su casa y la conmoción cerebral se complica.

Su mujer.—¿En empleo se te está por no cumplir. ¡A Dios no se le engañal

—Sí, sí, ya veo que me la ha guarádo. ¡Ay, María, yo estoy muy malo, veo insectos por todas partes!

El médico aconseja que le confiesen, porque no responde de su vida.

En efecto; a la noche se agrava, delira, tiene casi perdido el conocimiento.

Hay una verdadera consternación.

Se avisa al señor cura; apenas puede confesar al enfermo, porque ésta responde de un modo incoherente; ¡Pobre Mateo!

Antes de darle el viático, el cura le enseña un Cristo chiquito que trae en la mano y él dice:

—Mateo, Dios te viene a ver; pídele perdón de lo que le has ofendido.

Mateo abre los ojos, mira fijamente a Cristo y exclama:

—¡Piquiflo eres; pero como traigas las intenciones del otro... ¡purgatorio tengo pa rato!

EUSEBIO BLASCO

A DON EDUARDO

En esta villa ilustre del Oso y el Madroño, donde se dicen chistes, donde se dicen colmos, donde hay algunas calles plateadas de luz, hay seres que no comen, que mueren de hambre y frío,

que viven en tugurios, que sufren un martirio y avanzan jadeantes cargados con su cruz.

Vuestro Gobierno idóneo formado de estadistas (?) de inteligencia grande (?) de erudición vastísima (?) que de problemas arduos las soluciones dan, sin duda no han lanzado su mirada aguiñe (?) a este asunto miséculu, a este pobre problema, pues el sufrido pueblo sigue sin tener pan.

El rápido automóvil en que las calles cruzan ministros y magnates no deja ver, sin duda, esas enormes colas con leguas de largor; en ellas agonizan las miserables mujeres durante horas y horas a ver, si al cabo, pueden lograr un pan mermado y falto de sabor.

Los que en la cumbre viven gozando honor y sueldo deben saber el llanto que triste vierte el pueblo y que este es el problema de los problemas ya. Antes de que en las Cortes comiencen los discursos plagados de bellezas, parece que es lo justo empiece a ser factible que el pueblo coma pan.

JUAN GIL

EL TIPO DE IGLESIA

Allá por los tiempos en que yo hacía vida estudiantil y pupilarosa tuve por compañero de hospedaje a un tal don Fortunato, cantante de no sé qué capilla religiosa musical.

Nunca tuve la fea curiosidad de oír sus habilidades artísticas oían lo actuaba en los coros de las iglesias; pero en cambio en casa y a pretexto de ensayar, nos daba cada lata con sus ofertorios, pan je línguas, motetes, etc., que nos volvía locos.

—Oiga usted, le dije un día a la patrona. ¿Quién es ese caballero que se arranca a todas horas por jiplo de doncella menesterosa y no nos deja ni estudiar?

—¿Quién ha de ser? Don Fortunato, un señor que canta en las iglesias. Es de los que hacen la voz de mujer; de esos que dicen si están o no están... si les falta o no les falta... ¿me entiende usted?, que son... y añadió una palabra que no puede reproducirse impresa.

—Por lo demás, es muy servicial y muy mafioso. Los días que no tiene ensayos me ayuda a lavar la ropa, a fregar los cacharros y a otra porción de cosas. Es una alhaja para la casa. Yo quisie que contrajese matrimonio con una sobrina mía, que es toda una real moza, aunque le sudan mucho los pies.

—Y él que dijo a eso?

—Que el matrimonio le distraería del arte de la religión; que desea permanecer soltero papa dedicarse a la música y a la práctica de las doctrinas que le enseñaron en... ¿cómo se llama ese pueblo? Es allá por tierra de la montaña.

—¿Acaso Corbán?

—Una cosa así.

—¡Hum!

En este diálogo estábamos cuando se presentó el aludido, y encarándose con la patrona, le dijo:

—Señora Nicolasa: ¿Quiere usted hacermé por favor una taza de tía?

—¿Está usted malo?, le preguntó cariñosamente la pupilera.

—Ay ¡calle usted por Dios! ¿Qué cosas pasan en este mundo! Usted sabe que, como la impiedad cuando tanto, las funciones solemnes escasean y las capillas son poco solicitadas, por lo cual me ha tenido que amarrar del teatro buscando una plaza de corista. Pues bié; ¿sabe usted lo que acaba de proponermé una de las figurantes? ¿Qué horror, señora Nicolasa! Nada menos que... ¡vergüenza! me da decirlo... que la acompañase a su casa.

—¿Cómo está la sociedad? ¿Qué dirá si lo supiese el P. Anselmo, mi profesor de canto llano?

—Figúrese usted lo que dirá el buen señor! Así se pierden las almas; así es como la honestidad pelagra con las relaciones que se adquieren en el teatro. Conque me hágame usted el favor de esa tía, que esta noche tenemos que cantar *Los Hugonotes*, mañana tengo que tomar parte en una misa a cuatro voces que ha compuesto un señor sacerdote de Cuenca, y por la tarde estoy contratado para cantar en una boda. Así es el mundo, señora Nicolasa. Hay que hacer de tiple, de tenor, de bajo y hasta de indecente. ¡Y todavía en las hermandades nos dicen que no servimos para nada!

—¿Tiene usted razón, exclamé retirándome a mi gabinete, porque sentía así como deseos de arrimar un puntapié a aquel tipo ridículo y asqueroso.

J.

EL BUEN PASTOR

I

—Anda, Ramona, anda; tráete la bolsa de los avios, que se hace tarde, y si llego después de las ocho va a cogermé la delantera el zampabollos de don Rifo y tengo que esperar dos horas para decir misa.

—Cuidadito con el sol.

—Deseñada, ya me taparé.

—Y a ver si vuelve usted pronto para tomar el chocolate.

—Ea seguida... ¡Ah! No te olvides de mandar por el vino; ya sabes; calle de la Sierpe; y que digan que van de mi parte. ¡Vaya qué vino! ¡Osea superior! Mandas la bota de las dos arrobas, pero que la laven bien antes, muy bien lavada, ¿entiendes? para que no se pique... Ea, abur; trástasela...

—¿Qué cosas tiene usted!

II

—Santos y buenos días, mi señor don Rifo. ¿Cuánto bita y como se madraga!

—Haber venido antes.

—No, si no lo digo por eso. Precisamente a mí lo mismo me da minuto más que minuto menos.

—Ya, ya, ¿por qué usted que no me ha dicho Resultado, el monago, las maldiciones que usted me lanza cuando le tomo a usted la delantera?

—¡Jesús, María y José! ¡Es cuanto me queda yo oír... Ven acá tú bribonazo, ¿me dicho yo algo de don Rifo? ¡Llévándote aparte!

¡Figurate! ¡Ea así como me agradeceos el duro que te di a ganar cuando se murió la mujer del guarnicionero?

—Pero si yo...

—Anda, despáchate, que eres un desagradecido; saca de la bolsa los avios, que te voy a poner las orzjas como dos pimientos morrones. ¡Descaradote! ¡Chiamos!

—No le haga usted caso a don Rifo; es que le tiene a usted rabia, y sólo por incomodarse se planta aquí a las siete, y lo primero que hace es preguntár si ha venido usted, y siempre está escuchando cascos... ¡Meachis!

—A callar. *(Transición.)* ¿Hay algo hoy?

—Sí, señor, un bautizo.

—¿De primera?

—¡Cal De quinta.

—¿De quinta? Siempre me tocan a mí estas gangas... ¿Qué tal aspecto tiene el padrino?

—¡Poh! Es chato.

—¿Chato? Verás como me fastidia.

—Debe ser militar, porque gasta un genio...
—Vamos, será de esos que no pasan de la tarifa y aún les parece caro. Anda despáchate, que tengo mucha debilidad, y mete la cabeza en el templo a ver en qué está don Rnfo.

—Está en el Santo, Sante...
—Verás como me tiene aquí una hora de plantón, sólo para aburrirme. No sé cómo hay devotos que le den trabajo a ese hombre.

—Pues ahora le han salido cincuenta misas de una difunta.

—¡Cincuenta palos le daría yo! Ya se ven si todos fuéramos intrigantes como es él... Así está de gordo que hay que meterlo en el confesonario con calizador.

—Ya viene.
—¡Acabárase! Anda, coge las vinajeras y a ver si despachamos pronto, porque me estoy cayendo de debilidad.

III

—Ramona, tráeme una copita y unos bizcochos; anda deprisa, que tengo que ir a casa de don Remigio a ver si se ha muerto ó qué hace.

—¡Pobrecillo! Ya lleva días así, desde Marzo... ¡Por fuerza! Se fué a San Ildelonso a las cinco de la mañana, sin nada dentro, y me confesó y se puso a oír misas y misas; después tuvo que ir al juzgado a desahuciar á un abuelil que le debió mes y medio de alquileres, y cuando quiso recordar, ya no le admitía nada el estómago.

—Ya es bueno como el pan.

—¿Qué si es bueno? Un hombre que no se ha querido casar por no meterse con nadie, y que vive en el templo del Señor como quien dice. Si salía, era á sus embargos y sus préstamos y pare usted de contar. Me parece que le estoy viendo vestido de Nazareno al viernes santo por la tarde; no, le faltaban más que las heridas para parecerse á un Nuestro Señor Jesucristo en carne mortal... ¡Ay, Ramona, lo que somos!... Trae otra copita y ten bien lavada la boca para que no se avinagre. Abur, picarrela...

IV

—¿Ya está usted de vuelta?
—Sí, hijo. Traigo una debilidad...

—¿Y qué tal?
—Nada; lo mismo. Cuando entré le habían

dado un pollo con tomate y se lo comió entero; pero al poco rato ya estaba el pollo otra vez en este mundo. ¡Me dió una lástima!

—¡Ya lo crec; un señor tan santo.

—No; si hablo del pollo. ¿Qué tengo yo?

—No le noto á usted nada.

—¿Qué tengo para comer, es lo que te pregunto.

—Ternera con salsa, espárragos...

—¡Hombre! Me alegro.

—¡Jamón con guisantes...

—Bien; ¿has traído el vino de la calle de la Sierpe?

—Sí, señor. ¡Vaya un vino!

—¡Oh! ¡Lo que es eso!... Anda, que saquen la comida... A las dos tengo un bautizo de quinta.

—De quinta! ¿Qué miseria! ¡Bautizo como el de la gobernadora cesanta de la calle del Olivar!...

—Aquello es que era comar. El chocolate lo servían en vasos de medio onartillo. ¡Y qué bandejas de bizcochos! En fin, yo me puse malo. De esos caen pocos, por supuesto, yo tengo la aprensión de que cada día nacen menos obichillos decentes.

—Será con la sequía.

—Pues hija, llover bien llueve.

V

—Ramona, ¿ha venido alguien?

—Sí, señor, ¿no sabe usted lo que pasa? Que don Remigio está en los últimos.

—¿En qué últimos?

—En los últimos momentos. Han venido á avisarle á usted.

—¿Qué desgracia! Pues anda, hija, anda; di que saquen la cena, porque allí con el dignato no estarán para nada, y si cosa habrán puesto. ¡Pobre don Remigio! ¡Un hombre tan religioso, tan rico y tan inocente!... ¿Qué es esto? ¡Alcachofas? Me gustan. Yo cuando vi que no se quedaba con el pollo dentro, al

instante dije... Echa vino... Por supuesto, habrá mandado que los funerales sean de primera... ¿Y esto? ¡Hombre! Chuleta rebozada, ¡y huele bien! ¡Lo que somos, Ramona! No sé si me quedará tiempo para ir á jugar mi tresillo á casa de don Nicomedes... Si don Remigio tarda en morirse, me fastidia. ¿Tienes seguridad de que estaba en los últimos momentos? Porque hay muertos que engañan... Echa vino... ¡Ay, que vida esta! Sólo Dios es infinito... ¿Qué hay de postre?

LUIS TABOADA

LOS MERCADERES DEL TEMPLO

Haces falta, Jesús; torna á la vida, y mira su gangrena lacerante; tú, como un inmortal desinfectante, lava esta inmunda sociedad podrida.

Aplica por los bordes de la herida botonazos de fuego restallante, y embalsame la luz de tu semblante esta de llagas carne carcomida.

Ve tu doctrina de lo noble ejemplo ser profanada cual tu antiguo templo y hacer tus puras máximas pedazos.

¡Jesús, tú que edificas cuanto quieres, lanza otra vez los viles mercaderes del interior del templo á latigazos!

SALVADOR RUEDA

Quisicosas clericales

A la devota Juliana dióle un atrevido un beso, y ella castigó el exceso con la humildad más cristiana, diciendo:—Aunque memancilla, imitar quiero al Señor; repita usted... ¡por favor! aquí está la otra mejilla.

V. RUIZ AGUILERA

Ante un crucifijo un día rezaba don Luis Capuz, que es caballero cruzado por inesperado albur.

—¡Dios mío! dije; ¿Qué has hecho para merecer la cruz?

Y cuenta que le repuso el crucificado:—¿Y tú?

M. OSORIO Y BERNARD

Mandó al cura de Liresia el obispo, que no diese sepultura al que muriese fuera de la Santa Iglesia.

Y en los sesos tan escasa tiene la sal este cura, que no dió á Juan sepultura por haber muerto en su casa.

JOSÉ EXTREMERA

Murió no sé en qué ciudad un fraile sesudo y grave en olor de santidad; si era santo no se sabe; pero que oía... es verdad.

EUGENIO DE OLAVARRIA

Al Padre Fray Ceferino le dijo don Timoteo; —¿Sabe usted que apenas creo en eso del uno y trino?

Y el padre le replicó: —¡Por vida de Belcebú! ¿los has de mantener tú?

Pues entonces, créelo.

JOSÉ RODRIGUEZ VEGA

AMIGOS QUE HAN ENVIADO CANTIDADES PARA AYUDAR Á EL MOTIN

Rafael Ureña, Madrid, 50 pesetas. José Otero, Madrid, 25; Luis Sánchez Cuervo, Madrid, 25; Rafael García Asso, Zaragoza, 6; Carlos Orio, Palencia, 25; Joaquín Sánchez Rico, Enguera, 6; Pedro Vazquez, Córdoba, 4; José Battlori, Barcelona, 4; Rogendo Isoba, Cabaña Derecha, 1. Eugelio Palomar, Medina del Campo, 3; Emilio Pérez Meira, León, 5; Juan Llosa, Amposta Aldea, 4. Valentín Redon, Catarroja, 9.

Correspondencia Administrativa

Zaragoza.—Rafael García Asso. Renovada su suscripción á fin Diciembre 1921.

Palencia.—Guillermo Herrero. Id. á fin Diciembre 1921.

Córdoba.—Pedro Vazquez. Id. á fin Julio 1922.

Pamplona.—Julio Maestroarena. Id. á fin Diciembre 1921.

Amposta Aldea.—Juan Llosa. Id. á fin Diciembre 1921.

Haría de Lanzoais.—Francisco Paz. Idem á fin Diciembre 1921.

Chipiona.—Antonio Américo. Id. á fin Febrero 1922.

Vegas del Condado.—Primitivo Valtuena Id. á fin Diciembre 1921.

Ronda.—Antonio Ventura. Id. á fin Diciembre 1921.

Casalla.—Miguel Camba. Id. á fin Diciembre 1921.

Catarroja.—Valentín Redon. Id. á fin Diciembre 1921.

Turis.—José Soler. Recibidas las 12 pesetas. Gracias.

Enguera.—Miguel Franco. Id. su Giro de 30. Gracias.

Puente Genil.—Justo Estrada. Id. de 24. Gracias.

Casalla.—Manuel Serrano. Id. de 20. Gracias.

Estella.—José Castro. Id. de 10 por su suscripción del año 1921. Gracias.

Montijo.—Francisco Zambrano. Id. de 16,75. Conforme.

EL MOTIN

PERIÓDICO SEMANAL SE PUBLICA LOS SABADOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN ALBERTO AGUILERA, 32, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

Imp. Juan Pérez. - Pasaje de Valdecilla, 2. - Madrid.